Mujer orgullo

Miguel Ceballos

♦♦♦

Es 1968. En nuestra ciudad el tiempo ha caminado, aunque casas y templos siguen ahí, altos y fuertes, de teja y adobe, con pasillos y verdes enredaderas.

Todo cambia y no se percibe. El templo de San José observa a Miguel en su triciclo, en el jardín de pila vieja; el pequeño de ocho años corre, juega y pedalea, bebiendo sudor y alegría, comiendo por sus ojos el verde de los grandes árboles, que hacen cuevas al agacharse de vuelta al suelo.

Siempre cerca está Genoveva, la muchacha que vino de San Joaquín en busca de un mejor futuro. Ella cuida a Miguel, lo vigila que no cruce la calle empedrada, la 5 de Mayo. Al chiquillo eso le encanta, desconoce el peligro; le gusta admirar de cerca, muy de cerca, los autos encima de las preciosas piedras del río, bien alineadas, como marchando por la Madero un 20 de noviembre.

Observa los vehículos; en especial le llaman la atención los taxis multicolores, no amarillos, grandes y potentes. Años después sabría que eran de ocho cilindros, *Ford Galaxie*, y del sitio Libertad, ahí frente al doctor Cárdenas, al pie del jardín Núñez.

Cuando el sol arreciaba, Genoveva encaminaba a Miguel por la banqueta, él tenía que comer, ella, preparar todo y acomodar los trastes; antes los lavaba en el río, hoy en una pila con lama y peces. Los pequeños pies iniciaban el ritmo, atrás quedaba el jardín, más atrás el ruido de las máquinas, grandes y amarillas que abrían con sus dientes lo que sería la moderna avenida Pino Suárez, signo de los nuevos tiempos. Casi al final de la misma, la nueva escuela Miguel Hidalgo, grande, con dos pisos y muchos tamarindos, la anterior escuela, la de San José, sería derrumbada, pues el adobe no dio para más; y la nueva escuela, la hoy Salvador Allende, firme en la esquina de 5 de Mayo y Aquiles Serdán, aún conserva y reproduce los gritos de tantos niños, todos en bola que aprenden entre sus columnas que sabe más quien es mejor amigo y que la limpieza no se estorba con la humildad.

Cuarenta veces pedaleó Miguel hacia la esquina del baldío, la Mariano Arista; llegó ahí para observar, por primera vez, a aquella mujer, sentada en la banqueta, que no hablaba ni para vender su producto; a un lado de ella una bolsa con bate, fresca bebida colimense, un balde con agua y pocos vasos de plástico. Esa imagen se repitió todos los días, por va-

♦♦♦

rios años, siempre la misma, con su largo delantal, casi tan largo como su falda, toda limpia ella, vendiendo bate y gritando dignidad con su cuerpo. La observaba, esa figura, ese color de piel, esa vestimenta, despedían paciencia, tal vez porque seguían sin hablar.

Los veranos continuaron, las tres ruedas se hicieron dos, más altas y con freno de chicote en el manubrio, con un timbre como concha de tortuga que Miguel tocaba a la menor provocación. Los caminos se ensancharon, Genoveva se cambió de barrio, se fue para la Galván, también se llevó sus inquietudes por crecer. El jardín se remodeló, quedó con pasillos más amplios; en Miguel el ímpetu juvenil reclamaba emociones más fuertes, el piso parejo le aburría y probó suerte una cuadra arriba, en Centenario y Manuel Álvarez, un lote baldío que se convertiría en mercado, el Pancho Villa, ahí encontró la posibilidad de vivirlas: con sus amigos hicieron caminos de tierra, rampas y pozos llenos de agua en medio de llantas y estufas oxidadas. La alegría se multiplicaba, al ritmo que las llantas no duraban.

En vacaciones, cuando el horario para la bicicleta, su primer amor, le permitía recorrer el barrio desde temprano, seguía observando a la figura y su venta de bate; siempre la misma, parecía que de tantos años encima ya no le quedaban más y éstos decidieron irse y dejarla sola con su esquina y la vendimia.

Un domingo, en el Pancho Villa en su apogeo y el tianguis bostezando, Miguel decidió buscar a la anciana, por primera vez en esos años le hablaría, le preguntaría de su vida, su familia y, tal vez, le compraría un vaso de bate. Montó su bicicleta, ya una *Raleigh*, con manubrio alto, parrilla con resorte, pedaleó al encuentro con la curiosidad. Esperaba encontrar en la esquina una reliquia por tantos años admirada en la misma posición, iluminada por el sol que se dejaba caer entre las tejas de la carpintería de enfrente. El espectáculo era único, mayor atractivo no podía haber que el escuchar, que el preguntarle a la estatua de carne. Miguel sentía una rara mezcla de curiosidad y respeto, como quien se acerca en el Beaterio a rezar a un señor de larga túnica y noble mirada.

Estaba frente a ella, sin reflectores, sin rezos, sin guías, sin gente, sólo frente a ella. Se bajó de la bicicleta y la recargó en la banqueta, apoyándola en el pedal; las preguntas se venían de tropel, como las piedras de la maroma que vio descargar para formar la Pino Suárez, y por algún lado había que comenzar.

Se sentó junto a ella, casi con devoción y no pudo preguntar, percibió que su figura era enjuta, la veía grande, más grande que cuando tuvo cerca a la estatua del Rey Colimán.

La señora habló, recitaba una historia digna de aprenderse. Su mundo tenía fronteras





muy cortas; era una reina, la reina de San José. Su castillo, una vecindad por la 5 de Mayo, cerca del Salón Palacio, un largo y oscuro pasillo, y al final, en cuatro bardas, los pequeños cuartos, con un baño común y muchos lavaderos. Su voz se trocaba en estrellas, en sueños, en ilusiones, en mundos anímicamente desconocidos por Miguel. Vivía sola. Preparaba muy temprano, al regresar del templo, su famoso bate; toda limpieza, toda pulcritud y caminaba esa calle, la 5 de Mayo, que era su mundo, sin pensar que su reino podría ser más ancho que la ciudad, tan ancho como sus ganas de vivir. Miguel observó los pies, pequeños y delgados, morenos y abiertos por el tiempo, dudaba que la sostuvieran, ignoraba que el peso era mínimo, porque no pisaba el suelo, tenía alas que no se veían. Y ella hablaba y hablaba, dando consejos, recitando refranes, nunca con mentiras, siempre sonriendo.

Cada verano, Miguel regresaba a comprar el delicioso bate, que nunca supo cómo se preparaba, pero que lo tomaba en pequeños sorbos, escuchando el sabor de la bebida y los consejos.

Miguel terminó la prepa y partió rumbo a Guadalajara, una escuela privada lo esperaba con la solicitud 5230. Allá se empapó de lluvias y costumbres, diferentes a las de Colima, a su hospitalidad, y observó muchísimos carros, taxis del mismo aburrido color y, en los urbanos, hombres sentados y mujeres paradas.

El primer verano llegó, el Tres Estrellas lo regresó a Colima, por la carretera vieja y larga, hasta la central camionera, en la Nicolás Bravo; era de noche y viernes. Al otro día, sintiéndose cómodo, protegido por los suyos y por el barrio, con prisa, fue a ver su reina: ya no estaba.

El carpintero le informó que había fallecido en su lugar de siempre. Entonces las preguntas se vinieron en cascada, y recordó sus charlas, interminables consejos, su manera de entender y de enfrentar la vida. En nuestra ciudad el tiempo ha caminado y en el barrio de San José vive ahora el bullicio de dos mercados, las calles están pavimentadas; en el jardín el aire mueve pocos árboles, permanecen la esquina de Mariano Arista y 5 de Mayo con su baldío, el carpintero y ese recuerdo, la imagen viva de mi reina.♦